GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

II. AVILA DE LOS CABALLEROS

Recede in te ipse quantum potes.
Séneca. *Ad Lucilium epistulae morales, vii.*

Noble tierra de santos, grave y austera, vamos a ti para buscar en las ruinas tu glorioso pasado; pero apenas traspuestas tus serranías, creemos hallarlo en el deslumbre de tu cielo sin mancha y en esa inmensa energía que vibra en tus solitarios campos, la energía del silencio. Pasados los tiempos heroicos, esas murallas tuyas nos parecen hoy una gracia concedida de lo alto para santificar tu vida de generosidad y renunciamiento.

La llamaron Avila del Rey porque supo tomar bajo su guarda los derechos del príncipe haciéndolos acatar a las banderías; Avila de los Caballeros por lo cumplidos que en lances de honor y guerra fueron los suyos; la Ciudad de los Santos por haber dado la fe en estas tierras de pan llevar las más encendidas amapolas.

Vayamos a Avila por el camino de Béjar, que es el mas viejo, y lleguemos cuando el sol la alumbra de arriba.

Andado el valle, salvadas las pedrizas de Gorria, aparecen los llanos ondulados, ocres, rojizos, temblando en las lindes, porque en Castilla las líneas tiemblan mostrando la fiebre de la tierra; más lejos, redondas rocas, grises, negras, violáceas, esparcidas por el llano o amontonadas como si fuerzas sobrenaturales, en un juego titánico, acabaran de rodarlas desde los escarpes de la sierra. Entre ellas, subida a un alcor, está Avila, serena, intacta, encantada visión de los siglos medios; pero cerrados los ojos al horizonte, harta de contemplar los campos alindes donde parece yacer los restos de una civilización acabada de destruir. Un milagro ha dejado la acropólis con su vida cabal enmedio de aquel desierto.

El paisaje es desolado: del mediodía, limitando el valle, las oscuras estribaciones del Guadarrama; sobre ellas asoman los azules cresteros afilados de Gredos, punzando los ojos, metiendo en el alma el frío glacial de sus nieves; hacia poniente se hinchan fecundos unos altozanos verdes con árboles destacándose ingenuamente en la línea del horizonte. Son pinos albares. Componen ese paisaje que hemos visto tantas veces a través de una ventanica, en los cuadros

de los pintores primitivos, alegrando la sala llena de paz donde una vírgen, suspendida su labor de costura, recibe ruborosa, con los ojos bajos, la dulce anunciación. Después la llanura sin fin, quebrada en su monotonía por el Adaja, riachuelo cuyas escasas aguas bajan saltando entre los cantos del cauce.

A estas tierras se ha venido a vivir la ciudad del Rey que, recogiéndose en sí misma, se buscó en su propio espíritu todas las fuerzas para alcanzar en la historia unas claras páginas inolvidables. A veces disentimos de este pensar, considerando su fuerza sólo como el fruto ciego de una sumisión fatal. Nos ocurre esto cuando sentimos el paisaje castellano con mayor intensidad, en los días muy crudos del invierno o en los abrasados del agosto; entonces creemos ver, bajo su aparente quietud, una vehemencia que se trasmite con imperio a las almas, poseyéndolas. En su estraña soledad, se levanta imperativa una idea que nos interroga forzándonos a seguirla, muchas veces a nuestro pesar. Este paisaje, tan árido, lleva en sí una fuerza misteriosa que hace accionar a los hombres o resignarse con todo el espíritu. Ya nuestra literatura, tan nutrida del alma del pueblo, canta—desde antiguo. "Esta es Castiella que face sus homes e los gasta." Esa es la tierra; de ella dimanan esas fuerzas calenturientas, desbordadas, extrañas a este mundo. Avila había de ser hija de ella. Ninguna parte de España podrá esplicar mejor el modo de ser de sus hombres, tan intensos en el sentir como moderados en la expresión, resignados en el sufrimiento y parcos en la alegría; esos hombres de aspecto severo saben, creándose aquellas moradas interiores de que hablada la santa, vivir y morir. Son los nuevos estoicos. Así lo hicieron guerreros, y soldados del ejército del Señor; y si a veces se confunden, apareciendo todos unos, debido es al barro castellano de que fueron amasados.

El camino de Béjar muere en la hondonada del Sur, extramuros, donde se levanta fina como un mástil, la aguda torre de Santiago rigiendo la sórdida barriada donde vivieron los menestrales moriscos y judíos; es un hervidero de gentes, de casas amontonadas que aun conserva su vieja vida con muchos oficios ya olvidados en el mundo. Ni la judería toledana, ni el Azoguejo de Segovia, ni las Alpujarras de Elche tienen hoy más caracter que esta barriada pobre de Santiago cuyos moradores aun guardan algunos rasgos, en el cuerpo y en el alma, de aquellos sus padres venidos del oriente. Estos arrabales viven como postrados ante la ciudad señera; las callejuelas,

humildes, se entrecruzan, se ensanchan, se repliegan, huyendo siempre de los accidentes de la tierra, y reposan cuando salen a la plaza, espaciosa, llana, quieta, plena de luz solar. Allí, bajo la sombra azul del negrillo que se alza frente a la iglesia, charlan de su vida los ancianos cuyas fuerzas se fueron derramando por bancales o maestranzas. En el silencio sólo se oye el tin-tan del martillo de la herrería mezclado con el choclar de un telar de madera que sigue urdiendo talmas y frazadas. Pasa una moza, erguida, con su cántaro de barro a la cabeza. Canta un gallo. Estos lugares, estas horas de sol, evocan el Oriente, los parajes de la Escritura. . . .

De la torre de Santiago caen tres campanadas que ruedan por el hondón, metiéndose en la nave de la iglesia a turbar su abandono, porque una triste soledad se ha venido a vivir a este templo que en otras edades debió de estar en boga. En él mora, con sus cenizas, el recuerdo del Macías abulense. Es singular: entre la complicada historia de estas ciudades castellanas, comprometidas en interminables luchas, luce siempre la bella flor romántica de una leyenda de amores. En Avila es el caballero Nalvillos enloquecido por las gracias de la mora Ayesha, hija del último rey de Toledo. La pasión del castellano o el lustre de su linaje, ablandaron el corazón de la princesa y llegó a ser su esposa para traicionarle después. El coraje del enamorado solo encontró calma cuando venció al burlador arrancándole la risueña ciudad de Talavera de la Reina en cuyo recinto encontró el cadáver de la infeliz esposa. De entonces, nuestro caballero vivió sólo para luchar contra los de una raza de donde le vino la muerte de sus ilusiones. Aquí descansa ahora, en este cristiano silencio de Santiago.

Al salir de las frescas penumbras del templo, nos hiere el radiante azul, en el que dentellean las almenas de la muralla subida en la loma, abrazando la ciudad para guardarla intacta de todos los males.

Avila parece muda; la vida también ha huído de sus labios; no tiene alegría y no es triste: es serenidad cuanto se advierte en ella. Tiene la fuerza y la dulzura a la vez de esos hombres viejos que, habiendo ahondado en todos los saberes, no encontrando en ninguno el reposo, se refugian en la fe, lo único que puede esplicar las ansias de estos espíritus abrasados de la meseta que en todo el mundo no hallaron calma para sus inquietudes. El color de la ciudad es ahora

el gris, ensombrecido por los siglos; vive este burgo como en la edad media, encerrado dentro de sus murallas flanqueadas por ochenta y seis torres, y no siente el deseo de salir al mundo a buscar nueva vida; no la quiere. Es este sentimiento suyo fruto de una práctica filosofía brotada en el corazón castellano después de una edad heroica. Avila, en el trascurso de los siglos, ha gustado todos los honores: a la fe dió santos, a la historia los más preclaros reyes, a las letras nombres inolvidables; y ni siente orgullo de entonces ni pesar por su humildad de hoy. Sólo vive quieta en el lugar donde naciera. Si su alma busca espansión, al tropezar con las defensas, eleva sus ojos a lo alto. . . .

Cuando nos adentramos por una de las puertas de la ciudad nos sentimos encerrados, el corazón parece que va a saltar de angustia; pero después de permanecer en ella algún tiempo, al tornar a la vida y vernos de nuevo perseguidos de mil inquietudes, deseos, ideales que nunca lograremos, tornamos los ojos a la ciudad santa para envidiar a aquellos castellanos roblizos de las holgadas capas largas, como tallas bizantinas, lentos, serenos, recogidos, con unos ojos febriles que miran hacia dentro, donde han buscado todo cuanto se pueda ver afuera. Tendrán como nosotros sus dolores, amarán, odiarán, saborearán sus alegrías; pero en todos sus sentimientos se advierte la mesura, poseen el secreto de conocer hasta donde suelen llegar las cosas de la tierra y, en el infortunio como en la prosperidad, se mantienen siempre ecuánimes. ¡Oh estos hombres de la vieja Castilla, qué caudal tienen en su filosofía para irlo gastando, según lo vayan pidiendo las necesidades, en esta vida amarga! Forjados entre la lucha y la fe, cada uno tiene de guerrero y de santo. Tal aparente contradicción nos mantiene ante ellos perplejos, abismados, pero lentamente les va iluminando una bondad de pocas palabras, sincera, que nos hace admirarlos con profundo respeto.

Las casas solariegas de la ciudad tienen esa misma grandeza disimulada, pero sin llegar a la apariencia humilde. Son castillos, mas al propio tiempo muestran no sé que aspecto inconfundible de bondadosa nobleza. Su estilo es severo, pero no al límite de las toledanas, pues en la severidad asoma una concesión a la gracia. Seguras de su fuerza, por lo claro de su intención, abren hospitalarias las puertas de par en par no perdiendo nunca su grave continente. Es el mismo fenómeno de la catedral: las filigranas de la burgalesa son en ella macizos, los rosetones de encaje de la leonesa aspille-

ras, los flameros de la segoviana atalayas, el ábside bastión. En sus adarves, el Obispo Don Sancho, defiende contra las banderías al menor Alfonso XI; en la sala del cardenal se ampara la Liga Santa, espejo de civismo, para detener las demasías del César. Bajo esas naves graníticas se ha rogado a Dios y se ha conspirado contra el despotismo real. Togados del Cabildo alentaron las nobles empresas del caballero Don Diego de Bracamonte que fué a dar en el cadalso, muriendo degollado por el amor a su tierra. Toda esta gente piadosa y heroica duerme hoy en el silencio de este templo; las lozas, en inscripciones lacónicas, dicen nombres que llenan páginas de la historia de España.

En uno de los sepulcros, cuya guardia hace un gracioso pajecico, descansa Don Sancho Dávila que halló muerte gloriosa ante la gentil fortaleza de Alhama, no sin haberla arrancado a la corona del infiel. Desde aquella jornada memorable se canta en el pueblo:

"Paseábase el rey moro—por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira—hasta la de Vivarambla.
'¡Ay de mi Alhama!'
Cartas le fueron venidas—que Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego—y al mensajero matara.
'¡Ay de mi Alhama!'
. . . ."

Extramuros, cerca de la puerta de San Vicente, sobre áspera roqueda, se halla una de las más bellas iglesias de España; es una sonrisa en esta austeridad abulense. Guarda en su seno los cuerpos y la leyenda de los niños mártires y, en toda ella, florecimientos del arte románico mezclados con el pagano en sabia armonía. En algunas partes, los siglos han derruído la techumbre, asomándose el cielo por el descarnado vigámen de un hastial; por allí entra a raudales la luz, que al herir las sombras con sus haces, revive una de esas escenas del nacimiento de Jesús que grabara melancólicamente el buril de Alberto Durero.

Lejos, lindando con el valle, está el templo de Santo Tomás, que fué palacio de los Reyes Católicos, monasterio y universidad. La piadosa reina Isabel, que tanto amaba su tierra, quería vivir en ella, retirada del mundo, los útimos días de su vida. Enmedio de su país creyó encontrar el apacible lugar soñado, descansando de las fatigas del gobierno en la creciente esperanza del Infante Don Juan, cumplido mozo con el alma llena de generosos deseos. Pero apenas

brotado a la vida activa, vino la muerte y se lo llevó. La madre le labró una tumba blanca ante el altar de la iglesia donde vino a ser enterrado este hijo. Allí está yacente, juntadas las manos en oración, la cruz de la espada contra el pecho, los labios plegados en una leve sonrisa que insinúa la felicidad de la otra vida. La dolorida madre huyó de Avila para no tornar a ella: entre su corazón y su tierra se levantó este dulce fantasma a quien temía ver de cerca. Los dominicos siguen todavía orando en el mismo monasterio, pasando encapuchados diariamente en procesión por el romántico patio del silencio, en cuya verde sombra crecen unas madreselvas que suben por la pared arriba con sus perfumadas manecitas blancas buscando el aire libre y la luz del sol.

De la vecina acrópolis no sale otro rumor que el de las campanas de la catedral. La ciudad parece como fué. Igual que antaño sus hombres se han ido; ya volverán. Aquellos caballeros de los pasados siglos no vivían sosegadamente en sus hogares; en los arrabales trabajaban los oficios, pero en el recinto murado vivían los nobles y hombres de armas que se aunaban para las salidas contra el moro. En las casas, en los palacios, orando y afanadas en la vida diaria quedaban las mujeres. Los viejos, como ahora, salían a los estribos de la cruz o a la Puerta de la Mala Ventura a comentar las noticias traidas por los mensajeros. Sí, los hombres se han ido y la ciudad vive retirada en las casas con la esperanza puesta en Dios y defendida por la muralla.

Amaneció un día cuando la vieja iglesia de San Salvador en vez de despertar a los moradores con el sonar lento de los toques de misa de alba, los puso en conmoción lanzando a vuelo las campanas, tocando a rebato: los almoravides forzaban las puertas de la ciudad e intentaban escalar la muralla. Se habían apercibido de cómo días antes los caballeros, con sus hombres de armas, habían dejado el reducto para ir a una empresa fronteriza y veían llegada la ocasión de apoderarse de Avila. En este trance angustioso una avilesa, Ximena Blázquez reune a las mujeres, les infunde su entusiasmo, acuerdan defender la plaza hasta el último trance y desde adarves y barbacanas hacen levantar el campo al enemigo, covencido de la imposibilidad de su intento. A partir de aquella fecha memorable, el Concejo de Avila de los Caballeros concedió a la heroina, y a sus descendientes hembras, el derecho de ser oídas y votar en la reuniones del Cabildo.

Pero no es ésta la única mujer que honra con sus hechos la historia de la ciudad. Isabel la Católica tenía a gala, ella lo decía, haber nacido en el legendario pueblo Madrigal de las Altas Torres.

Mas todos estos recuerdos, con el tiempo, se van secando poco a poco para dejar florecer con mayor lozanía, las memorias vibrantes de aquella otra mujer escepcional, toda corazón, conocida en el siglo por Teresa Sánchez, que fue "en su mocedad hermosa y aun después de vieja parecía harto bien."

Según pasan los días, la historia de Avila va cobrando ese color oscuro, inimitable, de las pinturas antiguas, viviendo sólo en ese desvanecimiento la figura de la hija predilecta, encarnacion ideal de la mujer española, que en ella vienen a concurrir las virtudes y cualidades todas buscadas por el maestro Fr. Luis de León para la posible perfeccion de la mujer en la tierra. Santa Teresa, en su exaltado misticismo, no dejó de ser ni española ni humana; sus visiones no la enagenaron tanto de los menesteres terrenales que la hicieran olvidarse de ellos para vivir abstraída fuera del mundo. Por eso, monseñor Sega, desconocedor de España como de la violenta impaciencia en que ardían los puros deseos de la Santa, escribía refiriéndose a ella: "femina inquieta y andariega." No sabía ver en el corazón de ascua la continuación ideal realizada de los famosos caballeros andantes que más tarde había de coronarse para toda la vida con el arrojo de Alonso Quijano el Bueno.

"No tengas penas—decía Jesús a la doctora—que yo te daré libro vivo"; y ella pudo leer en el corazón de sus hijas y fué la madre peregrinando por toda España, en cruzada, dejando tras sus pasos un reguero de luz. Sus enemigos no pudieron perturbarla jamás porque sus mismas obras servían para su defensa pues en sus acciones, como en sus escritos, iban hermanados siempre un lado práctico, fácilmente comprensible, muchas veces indispensable para la vida, con un puro ideal. La monja llevaba consigo las dos mujeres de la escritura, Marta y María, cuya rara comunión en un alma, la hacía perfecta en la tierra y comprendida de las gentes. Con esa dualidad continua viviendo en la memoria de todos. Buena parte de su doctrina está viva no sólo en los conventos sino en los campos, en la Castilla de sus andanzas, pero más en Avila.

Allí todo es suyo; aun creemos verla atareada, presurosa, dividiendo su tiempo entre el pensar y el hacer. ¡Lástima que hayan desaparecido los lugares frecuentados por ella! ¿Cual sería de

éstas la casa donde vivió? ¿Porqué se rehizo el convento de la Encarnación donde dejó las vanidades del mundo para tomar el hábito de carmelita? El convento de San José es otro también. Todo ha sucumbido; las generaciones han querido honrar estos santos lugares y, creyendo embellecerlos, no los han respetado. El recuerdo con el tiempo habría puesto en los primitivos lo que no le es dable lograr a la buena voluntad de los humanos. ¿Cual sería la celda de la santa? Si lo supiéramos veríamos ahora entrar en ella el mismo sol que la alumbró, dibujarse en las lejanías las mismas sierras, igual paisaje; recrearíamos la vista en los mismos colores, veríamos alejarse, hasta perderse, los mismos caminos por donde ella anduvo. . . .

Pero quizás su celda daría a un huerto de altas tapias, uno de esos huertos conventuales, cerrados al mundo, que tienen un triste ciprés negro, muy alto, donde en las primaveras viene a cantar un pájaro viajero al que envidian las enclaustradas.

RAMÓN JAÉN

UNIVERSITY OF CALIFORNIA